

Política y Filosofía de los Jardines

El hombre es libre en la medida que se libra, y su libertad no es otra cosa que su liberalidad para consigo mismo. Su grado de liberto, es el estilo. Cuando el Conde de Buffon entra en la Academia francesa, de sus labios brota la frase que acaba de nacer con vida imperecedera: **El estilo es el hombre**. Sí, el estilo es el hombre, pero el hombre,—este, ese, o aquel hombre—, es un grado en la libertad humana, y, consecuentemente, el estilo en el hombre digámoslo de nuevo, es el grado de libertad que el hombre logra. Su cultura genera este grado, y, por esto la cultura ata o suelta, extiende o recoge. El mecanismo de las culturas resbala sobre estas dos ruedas, y según el carro se apoye de uno o del otro lado, tendremos su signo específico. Al siglo XVIII se le vió, al principio, descargar el peso de su cultura sobre la rueda normativa; después, se le descubrió, indolente, sostenerla sobre su opuesta. Si en las primeras etapas de su camino era absolutista, académico, y preceptista, luego se le vió empollar los nuevos principios que desarrollaría su sucesor en la cronología: devino liberal, impresionista, y romántico. Fué, entonces, que perdió por lo menos una dimensión, aligerándose con aquella dulzura poética que la ausencia de cohesión vuelve errantes y deformes los cuerpos que se gasifican. A mitad de siglo, los contemporáneos, hecharon a volar sus ideas, a las que, sin embargo, ataron un cordel sutil para que no fuesen demasiado libres; la Revolución francesa que desató aquellos nudos, ha dejado aquellos pájaros en perenne vuelo, del que ya algunos caen a tierra desalados, rotos, asfixiados en el vértigo de su carrera.

En Francia, en los comienzos del siglo, dos sistemas opuestos luchan por la conquista de los jardines. Sus capitanes: Le Notre, por el bando clásico; Dufresny, por la partida romántica. Dos sistemas en pugna que enarbolan sus banderines de

combate: el Arte, en la guardia de Le Notre, por el bando clásico; Dufresny, por la partida romántica. Dos sistemas en pugna que enarbolan sus banderines de combate: el Arte, en la guardia de Le Notre, y la Naturaleza, en los adictos de Dufresny. Luis XIV abre un concurso para reformar los jardines de Versalles. El fallo del monarca, erigido en juez, es categórico. No cabía esperar otro, sino éste que confiere el nuevo trazado a Le Notre, y pensiona a Dufresny. El rey sin duda pensaba lo que más tarde diría L'Abbé De Lille, el poeta de la nueva estética de la jardinería: **L'imagination naturellement amie de la liberté, tantôt se promène penniblement dans les dessins contournés d'un parterre, tantôt va expirer au bout d'une longue allée droite.** Luis XIV que había podido decir **El Estado soy yo**, no podía privar que pudiese pensar Le Notre: **El paisaje soy yo.** Si no se conceden a los súbditos derechos políticos algunos en el reino, tampoco se autorizará, en el jardín, que un árbol extienda sus ramas en la dirección que le señale su impulso; se le convertirá en esfera, pirámide, cono, o cualquier otro cuerpo geométrico, y se le pondrá en juego con otro exactamente igual en su forma, que a su vez dependerá en su colocación de la línea que se le haya permitido al seto preciso y limitado de boj, o a la **pared verde o arcada verde** de laureles, recortados hasta la arquitectura por el jardinero que copia en los planes de Le Notre su modelo. Un orden, una jerarquía, sujetará los impulsos políticos y las tendencias vegetales. Luis XIV sabía, —o adivinaba—, que el hombre es libre cuando deviene natural, y le priva del derecho a la Naturaleza, ofreciéndole el artificio de Versalles, inconsciente Bastilla del espíritu. En sus jardines, encontraban marco propio los complicados trajes, los peinados aparatosos, y las maneras cortesanas. ¿Se concibe todo esto al borde de un arroyo desbordado, a la sombra de un monte virgen? No sabemos como cantarían los pájaros de Versalles, pero se nos ocurre preguntar, ¿cantaban, efectivamente, los pájaros en Versalles?

Cuando la libertad se siembra, la libertad nace. Su anuncio mueve a los espíritus a las más audaces empresas. El orgullo, la vanidad, la dignidad humana, dijéranse estar empeñados en su triunfo. La libertad que es un alto ideal, es a la par una alta tragedia. Libertad y cultura, son dos mares inmensos que nos ahogarían sin aplacarnos en un punto la sed que de ellos tenemos; al goce momentáneo del paladar, sucede la sequía agravada por la fatal bebida. Una vez que se la posee, acontece abandonarla, pero esto no enfriará en un grado el apetito que provoca su llamada. Quién no está dispuesto a su esfuerzo, vive para no vivir. La generosa concepción de Dufresny prende en la liberal Inglaterra, que no tolera un día a su Rey Guillermo la importación de unas grecas para sus jardines. Con el nombre de jardines a la inglesa, se enuncian amplios jardines en que la Naturaleza trata de ser imitada, y donde la rigidez geométrica y arquitectónica de las masas, sucede un ablandamiento de la línea, un respeto a la forma natural, que dá a los jardines una vaporosidad de gasa y un humo de abandono:

**A vos arbres laissez leur doux balancement.
Qu'en mobiles objets la perspective abonde:
Faites courir, bondir & rejaillir cette onde.**

Los nuevos jardines no solo imitan a la Naturaleza, sino que, verdaderos manuales de filosofía, se ofrecen al espíritu en provocación de sentimientos. La amistad, y el amor, tienen en ellos sus altares. Su tono corre a cargo de las ruinas, y las hay de templos, castillos, y palacios. Le prestan su fuga túmulos y urnas cinerarias; su gracia, cabañas de pastores y grutas. Con la amistad, pretendemos descansar en otros nuestras preocupaciones e instancias, y, el amor, es un motivo para que, entregándonos al objeto amado, olvidemos en él nuestro propio patronato. A las ruinas de templos, palacios, y castillos, hemos de añadir la plantación de árboles secos en Kensington y traer a la memoria la preferencia que Carlota de Clauswitz muestra al árbol seco de su jardín. La explicación de este carácter, la encontramos en un intenso amor a la vida. La muerte no es conmovedora sino como vida, es decir, como recuerdo de vida, como representación, ya que no todo lo muerto, sino lo que ha vivido es aquello que nos estimula. Tanto luchar por la libertad, para que la muerte nos devuelva a la nada, suprema esclavitud. ¿Cómo no llorar ante una ruina con el desconsuelo de un fracaso y la llaga de un desengaño? La muerte nos quema el espíritu con la doble llama de la huella y el presagio. La estrechez de la corte, presenta a la vida rústica en triunfo de maneras libres y relaciones naturales, y la sociedad juega a la comedia pastoril, sembrando de cabañas sus jardines. Europa, conoció la hora de sus mejores jardines, para los que importó el secreto de los chinos, divididos en jardines de agrado, horror, y espanto, y todo muy del gusto del último tercio del siglo, que se embriaga en la Naturaleza, que de esta suerte ponía en sus manos el sentimiento de la libertad.

San Ildefonso, real sitio, lugar de recreo y expansión de la corte española, es visitado en julio del verano de 1772, por don José de Viera quien vive en Madrid,—son sus palabras—, a lo grande y a lo enfadoso. La impresión que los magníficos jardines y montes producen en don José, está descrita, de su mano, en carta a don Casimiro de Falces. Admirable el sentido y patético relato: **Hay tradición entre la gente de la real comitiva (que solo piensan como por contagio), de que los jardines de este sitio son tristes, y por eso los suelen dejar solos, sin ir a divertirles; pero si lo son, yo los hallo de una tristeza agradable, apasionada e interesante, que despierta pensamientos, o más bien, sentimientos de Filosofía, y reflexión. Los cortesanos de Madrid, por punto general, tienen grima de encontrarse a solas consigo mismo, y cara a cara con su propio corazón. También sé que no hablan sino muy mal de los montes pintorescos, que nos hacen espaldas; y sin embargo, lo que a mí más me gustan son estos montes.** Esto escribía don José, el

enfadoso, pobre y hondo don José, que era un **snob** en aquella corte y sociedad. Viene snob,—deduce Franz Werfel—, del **Sine Nobilitate**, que se ponía en inris sobre las puertas de las habitaciones de los estudiantes burgueses de las universidades nobles de Oxford y Cambridge. Sin nobleza, gallina en corral ajeno, el snob alcanza una altura paradójica que, cuanto más alto le coloca más bajo le sume. Del tipo general de snob, sobrenada el que se crece, el que se sobrestima y se reconstruye en categoría, hasta clavar su flecha en el blanco: el mismo estado del que pendía más que se apoyaba. Salva el **Sine** para alcanzar el **Nobilitate**, que no siempre es un concepto nobiliario, sino una ambición de poder, allí donde puede ser ejercido, ya que el snob está larvado de tirano. En última instancia, el snob nobiliario busca, también, el poder, hoy elegancia, antes elegancia y fuerza, fuerza solo al comienzo, si seguimos,—y es lo justo—, a Angel Sánchez Rivero. En un libro viejo de heráldica, se explica como, el noble que cae en pobreza pierde buena parte de su nobleza, por que ya no ejerce poderío, que era el génesis y explicación de la aristocracia, y aún para salvar este tropiezo de los sueños caballerescos del autor, recurre a Aristóteles, y dice, que el dinero es honorable, con la sabiduría, la virtud el poder, y otras cualidades que si no son la mejor nobleza, la engendran y la ausencia de alguna es suficiente a negarla. A esta conclusión llega en un tratado atiborrado de citas desde los más antiguos autores hasta los más modernos, que son los de su siglo y XVII. Don José de Viera sufre este apuro: ni ejerce poderío honorable, ni es un noble sin poderío, de esta categoría de nobles pobres que conservan media nobleza, según el pintoresco tratadista. Es por tanto un snob, un figurero que figura su figura. Es un snob de los más altos, de los que arden en grandeza, por que son grandes, y sufren caídas conmovedoras. **Vive a lo grande y a lo enfadoso**, pero no rehuye encontrarse consigo mismo. Grande en grande; si en el porte, en el espíritu. Que bellísima expresión la de los montes **que nos hacen espaldas**, que cualquier filisteo reputará por los montes situados detrás de don José, cuando en realidad es el mismo don José y el monte mismo, cuyo pensamiento se extiende hasta los límites del monte, que así viene a hacerle espaldas, y a ofrecerle **sentimientos de filosofía y reflexión**.

Agradable, apasionada, e interesante la tristeza de los jardines del real sitio, ¿no estaba también en lo hondo triste don José con su sonrisa habitual de desengaño, de snob sobrerohecho, ardido a lo Julián Sorel? Ama don José la libertad de los jardines, por que allí encuentra su comunión con la Naturaleza, su naturalidad y su fuerza como ser libre; Conmovedor espectáculo este de don José snob en la corte, sufriendo consciente su snobismo, mientras la corte snob en el sentimiento y causal espiritual en que don José era tan poderoso, tan noble, goza inconsciente el suyo. Sigue igual el mundo; la tristeza para los escogidos, lo pequeño gozoso y en digestión, lo grande quemado y roto. Hasta siempre.